

Especies menores

Karla Sterloff

*Concurso poesía 2011
Primer lugar*


EDITORIAL
UCR

Colección Lira costarricense



Especies menores



Karla Sterloff


EDITORIAL
UCR
2012


Colección *Lira costarricense*

CR861.44

S838e

Sterloff Umaña, Karla

Especies menores / Karla Sterloff Umaña. –1. ed.–
San José, C.R. : Edit. UCR, 2012.

ix, 67 p.–(Colección Lira costarricense)

ISBN 978-9968-46-327-0

1. LITERATURA COSTARRICENSE. 2. POESÍA
COSTARRICENSE. I. Título. II. Serie.

CIP/2373

CC/SIBDIUCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica
Primera edición: 2012

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Karla Sterloff*. • Revisión de pruebas: *Euclides Hernández*. • Diseño, diagramación y portada:
Priscila Coto Monge. • Control de calidad: *Boris Valverde G.*

Fotografía de portada: *Carlos Álvarez Zúñiga*, 2002.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición, julio 2012.
Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. • IG: 1267

Contenido

La Casa

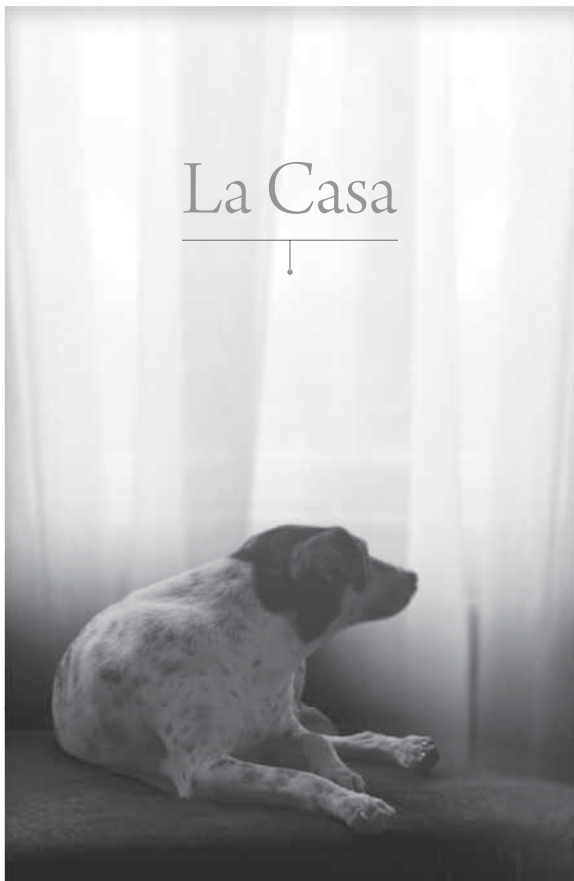
3	Desinfecciones
5	Premonición
7	Tijeras
8	Futuro
9	Mercado Central
11	E /r/goísmo
12	Luz
15	Traje de fiesta
16	Pronóstico del tiempo
17	La cama superpuesta
19	Querer, quedar
21	Frecuencia del día
22	Cuestiones de fe
23	Chat
24	Atlas del día

25	Rayuela
26	Cangrejos
27	Mudanza
28	Intuiciones
29	Llena
30	()
31	La eterna infancia
32	Euskara
33	Cómo se escribían antes los cuentos (o Alicia)
38	Marea
39	Génesis
41	Fonema “mi”
42	La noche empieza en la ventana
43	Prehistoria
44	Púgiles
46	La medida del tiempo
47	Un paso hacia la tierra
48	Kilómetros más
50	Dos soplidos
51	La noche inyectable

Los vecinos

57	Eco-grafía
58	Ruta Sabana Cementerio
59	<i>Guachimán</i>
60	Teoría
61	Diciembre
62	Vecinos lejanos
63	Aguacero de tres de mayo
65	Romería
66	Nuestra Señora del Carmen
67	Amores

La Casa



Desinfecciones



Mis cuatro perros
ladran sobre la cama
siguiendo un punto azul en la montaña.
Son cuatro antenas
movidas por el portón del vecino.
Detonantes de la fiesta.
La casa ha dejado de verse pequeña
y crece como un ente orgánico entre la lluvia.
Si esto fuera poesía
diría que palpita.

Le han salido cuartos y ventanas
donde ningún ingeniero sospechó.
Obras de la fe de nuestros ojos,
viendo cuartos y techos nuevos
donde no cabían antes.

La limpieza diaria
se vuelve semanal.



Vamos devorando las capas de olor,
la sucesión de verdes raídos
las chapas de café en el mantel,
cada una,
huellas de inviernos distintos,
o de nuevas inundaciones,
de sillas sobre la mesa
y escobas queriendo arrancar la lluvia del suelo.

El nuevo desinfectante no pudo más.
Pero hay fracasos peores.

Al final del día,
cuando la cortina aruña la sala
y el viento se lleva nuestro aire enlatado,
parece que sobreviven las violetas.

Premonición



Papá podría estar muerto,
llorado sobre una cama,
vestido de negro,
sin olvidar el sombrero.
Se llevaría pedazos
de tierra entre las uñas.
Sonreiría así –dormido–
metido en una caja.

¡Y yo que lo he llorado tantas veces!

Porque papá se muere en todas mis infancias
y como todo muerto,
levanta la cabeza si lo recuerdan,
camina hacia atrás
hasta encontrar la cama
en la que lloran sus hijos.

Me vuelve a engendrar entre sudores
me amamanta con su teta seca
y yo que aún palpito
suspiro pensando en que mi padre
podría estar muerto
y hoy no ha recibido mi llamada.

Tijeras



Mi madre está partida.
Solo la mitad me ama.
La otra, mi madre,
el mismo día que me vio nacer
me cortó con tijeras.

A veces la miro
con ojos grandes y huérfanos.
Solo a veces la reconozco,
cuando me escucho cantando una canción de cuna.

Futuro

Este hijo mío no nace.
Lleva años atorado entre el corazón y la mente.

Mercado Central



Soy esa mujer
que se refleja en las vitrinas.
La que mete la panza
y cae en la cuenta
de las líneas alrededor de la boca
mientras se come un helado
en media calle,
al pregón
de todas las enfermedades.

Me sorprendo al escuchar mi voz.
Soy una mujer sin los sobresaltos
y los tirones agudos de otros tiempos.

Entro en el mercado
y salgo con sábila,
una crema maravillosa anticancerígena
y homeopatía para las alergias.

Así es como me convierto
en mi propia abuela.
Le recuerdo bien sus manos manchadas,
blancas de venas verdes.

Me voy pensando en ella
con las espinas de la sábila
rompiendo la bolsa,
tejiendo otro camino
sin percatarme del tiempo.

E /r/ goísmo



Para An

Llueve a las diez de una mañana extraña.
La sábana es una hoja seca,
el anillo en el piso,
la ropa hecha una soga
en este inmenso cuarto
tragado por ventanas.

La película de anoche
se ha quedado dando vueltas
en alguna zona sub cortical de la cabeza.

Huele a madera.
Se ha llevado el pez con su pecera,
ha arrancado el árbol de raíz para atarlo a la playa.

Ella, se va ella.
Sigue lloviendo
y yo no quiero desprenderme.

Luz



Porque hace años ya
que no encuentro un orden,
no puedo ver más allá de mi nariz,
se desprendió la pieza que engranaba el artefacto
la silla giratoria
en la que sigo aquí recordándote.

Vuelves en sueños,
resucitada.
Aún te gusta tu pelo en crepé
y te siento hospitalaria y eterna.

Aún me tomo de tu brazo flácido
y todo alrededor pasa
entre nubarrones de colores
con rostro indefinido.

Esta semana has venido dos veces,
porque desde allá te mata de nuevo,
la imposibilidad de encontrarnos,
de sentirnos juntas
como solíamos pasar el tiempo,
sin hacer nada demasiado importante.

No recuerdo qué pregunté para qué volvieras.
Alguna exclamación arrojada al viento.
Posiblemente me ves aturdida
y sorda de todas las tristezas.

Sólo oigo una frase gravitando
entre este sueño circular
de lugares y eventos que huyeron.

Te digo,
acordate que estás muerta
y sólo yo debo de tener memoria.

Luego,
conjurada,
te vas líquida hacia adentro,
buscando tu lugar de siempre,
asentada al pie de mi estructura.

Traje de fiesta



Cada día termina
cuando el sueño se apiada de mí.

Antes,
es un rito de gestos y miradas
en escenarios definidos
por el nombre del día.

Jueves,
mañana seré la de las Converse rojas.

Pronóstico del tiempo



Ando triste,
desarmada.
Solo puedo pensar en inundaciones.
Ha llovido salvajemente
adentro
y afuera.

La cama superpuesta



- I. Ayer aterrada por los zancudos,
agujereada a pesar de la pastilla de veneno
que respiramos juntos,
sabía que no dormía.
Las noches de calor en mi cuarto
son un destape para una ola de sueños.
La cosa es que me sabía despierta,
a quién estoy engañando,
y la noche se amelcochaba y reducía
a cientos de vueltas sobre la cama.
Y por supuesto,
a los sueños que vienen como en olas.
- II. Como duermo al lado de la autopista,
los cabezales que van hacia Limón por Turrialba,
son parte del arrullo que me insomnía.

- III. Paso los dedos
por la superficie irregular de mis brazos.
Me siento envenenada,
radioactiva,
capaz de renunciar a mi cuerpo
como a un caparazón.
- IV. Busco los geos en las esquinas del cuarto
para reclamarles la indulgencia
que han tenido hoy con los otros bichos.
Sobre todo es el ruido,
el aleteo dentro de la cabeza,
los círculos,
la provocación.
- V. Luego de ver las tres en el reloj,
espero las cinco como acto premonitorio,
mañana sucedió,
cierro los ojos
y suena la musiquita china del celular.

Querer, quedar



Debo tener la hoja en blanco,
pronta,
a la mano.
Escribir que la refri respira entre soplidos
y que la mesa se va llenando de migajas.

Vale decir,
que la cama se aletarga
y las sábanas se cambian
aún sin querer cambiar
y el café
–fuente de vida–
se me esparce debajo de la taza
esperando el sorbo de las hormigas.

La casa
es este monstruo
que se expande por mitosis.

Es fácil olvidar que el diccionario
apunta solo al infinitivo.

Escribir:
afuera sopla sobre otras orejas
/ el tiempo/
nos juega escondidas
y yo con la muerte por detrás:
querer, quedar.

Frecuencia del día



Amanezco mal sintonizada en esta tristeza
como las radios viejas
dando tumbos demasiado temprano.

He leído las noticias,
tapizado los muebles
con mis escamas
y sigo con interferencia
cantando desde el último lugar de la casa.

Hoy soy dos estaciones entrecruzadas.
Estación lluviosa
es nunca invierno.
El tiempo bipolar del trópico
afecta un poco mi cabeza.

Cuestiones de fe



Leo en los perfiles de mis contactos
mensajes hechos para dios
tratándolo de papá.
¡Como si el gran señor
estuviera pendiente de los medios virtuales!

Confieso que decirle a dios, “Padre”
siempre me ha molestado
aún en mis tiempos anacrónicos de fe.

Tal vez porque ello evidencia mi orfandad
o porque me niego a llamarme hija
de quien tiene hijos predilectos.

El gran señor se encuentra en bata
viéndonos por la mirilla
detrás de la puerta.

Chat



A las 5 de la mañana resulto ser
solo la pretensión de la noche anterior.
Así que uno desaparece
y ¡listo!

Queda el registro de las letras
dando vueltas en la pantalla.

¡Se puede morir tantas veces!

Atlas del día



Diciembre se cierra como una hoja.
Me limito a dar explicaciones de anatomía:
dislocada de los afectos,
suave por los tres costados cuando llueve y es de noche.
Exigua si canta un gallo en octubre.
Por las mañanas frías
bañada en café.

Rayuela



Son las doce y media.
Te veo dormir con cara de niño
hecho un nudo sobre la cama.
No lo creo,
el cielo y la tierra pueden estar al mismo nivel.

Yo sigo jugando y pienso:
¡qué fácil!,
sólo necesito una piedrita
y la punta del zapato.

Entonces te escucho,
recordá apagar la luz antes de arrastrar la piedra.
Acá el cielo no cabe.
Buenas noches.

Cangrejos



Lo vi llegar con la mochila en la espalda
como tantas veces llegó,
empapado de sudor o de lluvia.
Él se merece algo mejor que estas líneas
y eso es definitivo.
Es difícil hablar de él sin hablar de mí.
Es como tratar de desentrañar
una fibra vegetal sin romperla,
sin ensuciarse las manos de algo que podría ser
sangre latiendo bajo tierra.
Y no lo es.
Sé que no voy a ser justa.
Nada se reconstruye
de forma fiel y efectiva.
Esto es darse cuenta de las vueltas,
de las esquinas,
de la pobreza de la ruta bajo el lente
desenfocado del alcohol.
Encontrar el camino deshabitado.
Sudar la lluvia.



Mudanza



Hoy solo queda una mancha asimétrica de pintura en el piso,
la colección de chunches que perdió su uso desde que te fuiste,
el sonido del eco de tu vaso de agua
en las noches de sed
cuando deambulabas por la casa.

Intuiciones

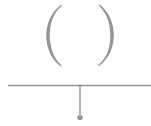


Insistirás.
Seguirás detrás de la ventana,
tu cuerpo sin edad haciendo nido adentro.
La noche insolente de esa única vez.
Mañana tampoco habrás envejecido.

Llena



¿Por qué no terminas de irte?
Sigues guardado en la línea
que vaga entre el mar y la tierra.
Con cada marea viene la llena
y vuelve a flote el deseo
desde donde viven los muertos.



Yo tan vacía de vos.
Tan carente de interjecciones.

La eterna infancia



Otra vez escribo en reversa.
Volver a empezar parece una mala idea,
sobre todo en este siglo y a los treinta.

A dos siglos y medio de *Olimpia de Gouges*,
sigo dejando la cabeza entre las fauces del lobo.
De la cabeza siguen saliendo preguntas.
La que más duele:
—¿Y vos, quién sos?

Euskara



¿Qué sabe la poesía de mí?
Pasa con la boca abierta
y no canta.
Me saca la lengua aguda,
me habla al oído
—*etxeke mina*,
duele menos que nostalgia—
Qué sabe ella que nada sabe
de mi vida que empieza a las siete de la mañana
lavando a mano
maldiciendo a la lavadora rota
y a los pájaros
que me hacen nido en el techo.
¡Yo ya no estoy para esos trinos!



Cómo se escribían antes los cuentos (o Alicia)



Escribir desde aquí y desde ahora
es contar un cuento.
Aunque bien
no existen los hechos
solo las ficciones
y de esto todos estemos enterados.
El año contaba sus últimas hojas
y las fue desmoronando
sobre el desayunoador.
Siempre sin vernos las caras
el día nos anuda con prisa.

Diciembre es viento en Liberia
y en esta página,
la del inicio
las mariposas de la lotería
revoloteaban prensadas con chinches
sobre las mesas de los puestos.

Los perros me veían con envidia sacar la libreta,
hacer las cuatro notas
sentada sobre el sol del parque.

De vez en cuando cimbraba la tierra
y era una hora ida,
un día que se iba
el mes planificado
al pie de cabezales,
el calor de la frontera.

Si hubiésemos nacido en otro tiempo
tendríamos que haber esperado al cartero.
Pero en época de bites y precipicios
jugábamos a tensar la cuerda.

Por la mañana
me gustaba adivinar el color de tu camisa.
Te creía sencillo
y ansioso.

Podía sentir tu fragilidad de metro ochenta
cuando escribías:
estoy confundido también.

Era un pacto
que siempre pensé imposible.
Pero entre vos y yo
como los mejores desadaptados
nos reíamos de la lógica
lineal del mundo.

Así que me cambiaste el nombre
y eras el único que preguntaba
¿hoy quién sos?

Y te supe
como al hambre y a la lluvia
e imaginaba el tono con que escribías
¿dónde estás?

Así que a falta de rutinas
con qué llenar los espacios
preferí inventarte hábitos
imaginarios y llevaderos,
como tu siempre incesante Cecilia.

Pero se fue haciendo de noche
y con ella se vino la renuncia
y este miedo mudo dejándonos sin párpados,
recordándonos de la imposibilidad del tiempo.

Porque ni siquiera aquella noche
en que prometiste avisarme,
decirme adiós con la mano,
sabías ya que te habías ido.

No quise decirte
que te veía diluido en el vidrio.
Diciendo adiós por la ventana.

Entonces hasta acá llego yo
con mi nombre de cuento
y mi felicidad a medias.
Y ahora te digo: querido
—porque siempre te quise—
que todo esto tenía que pasar
como pasan los años.

Y en este final,
cada vez que tomo el bus
la calle se convierte en manchas sobre esta hoja.

Cuando me llueve como llueve hoy
siempre detrás de la ventana,
asfixiada en el trópico nupcial,
me da por pensarte.

En realidad te pienso mucho.
Entonces vuelvo a ponerte un nombre
y elijo el mío.

Pero hoy no preguntes.

Marea

Esta visión que se repite cada noche
entre el sudor del duermevela
tiene tu sonrisa escondida en la barba,
en los ojos,
en los huesos de ballena.

En un playón de tus manos
duermen dos pájaros tristes.
Sobre el sillón blanco de tu casa
alguien vuelve de tu cuerpo.

Génesis



Quiero tus palabras.
Ellas dicen: amo, estoy, siento.
Y yo les creo.
Dicen, azul.
Y se hace el mar.
Amarillo.
Y se va la noche.

Yo copulo con ellas cuando estás dormido.
Entonces digo: pájaro que mira con un solo ojo.
Y te veo sin alas haciendo nido conmigo,
embriagado de verde.
Y conjuro tu boca hasta que se viene el día
y todos despertamos,
con ceguera de madrugada.

Entonces creo verte extendiendo las alas,
apretando los labios,
mirando al cielo.

Y ahora cuando decís: nada
y te presiento diluido en la altura,
te sigo creyendo.
Yo hice el pájaro.

Fonema “mi”



Oigo el mar
en la inflexión de tu boca
en el fonema “mi”
que te sostiene
en dos alas sobre la memoria.

La noche empieza en la ventana



Nada es más triste que arrogarse la intención de la noche,
quedarse abierta sin decir,
resignarse a este metal nublado de cielo
que clava el pico en las cosas azules y las astilla.

Pende de un hilo tu voz
y tu sonrisa a medias,
tu medio lado de ternura finito.
Yo lo vi.

Caminas la cuerda más aguda,
la corrección de la memoria
desde hace un tanto,
mi recuerdo
pájaro de noche mordiendo la luna.

¡Tan dulce mi niño idea!
Cierro los ojos y no me ves.
Eres solo un resumen que no me alcanza.



Prehistoria



Hoy te amé de otro modo.
Supe de la vastedad de la alacena,
de tu presencia mínima
construyendo una casa de ventanas abiertas.

Animal de amor manso:
inconmovible.

A veces,
bandada de alas
y pasos que no se encuentran.

Nosotros nunca sinónimos,
escritos sobre esta piedra.

Púgiles

↓

En estos días sospecho,
que a veces,
las cosas tienen que pasar,
como pasa el muerto con su séquito de dolientes
y pasa el tiempo persignando calendarios.

Pasa que él
está lanzando knock outs a la sombra,
pactando la pelea
y repartiendo besos al azar.

Pasa también
que oigo la voz que concuerda
y sospecho la colilla del cigarro en la mano.

La calle se ha vuelto un río
que me devuelve siempre
a los márgenes de la misma hoja,
donde las letras no caben,
no resultan,
no conjuran.
Los verbos se han rendido,
todos.

Sigue pasando entonces
que recibo tres líneas tuyas.
Dices “mi” dos veces.
Y no logro salir del río.

Sólo ocurre la lluvia
y mis puños rendidos
en el centro de la figura cuadrangular.

El resto sos vos,
debajo de la lluvia.

La medida del tiempo



Menudo amor el de nosotros
que hoy solo se sienta a esperar en una silla
que sostiene el cuchillo en la mano derecha
que guarda las migajas entre las bolsas.

Menudo amor
que no alcanza para llenar
la distancia grande y hueca
que se acumula entre nosotros.

Un paso hacia la tierra

Sigo despertando por las noches
porque es demasiado temprano
para inaugurar el día y decir, mañana.

Así que yazco levantando el brazo
con el celular como bandera.
La pequeña luz se enciende
como una llama eterna en medio del cuarto.
Las cosas a esa hora parecen iluminadas.

No hablo de la luz en el objeto.
Ni del azul que entra en conflicto en el cielo.

Hablo de que a las tres de la mañana
te veo tomando café en aquella sala
con todas las agujas señalando la hora.
Veo el pulso débil del reloj
y el abrazo con que nos sostuvimos
empieza a tener sentido.

Kilómetros más



Apago el televisor
con rabia y resentimiento.
Nada me dicen las noticias
que yo quiera saber.
Hay demasiado ruido afuera
Y adentro los ladridos de los perros me impiden
ver por las ventanas.
La rutina viene a ser
una conversación muda
sobre eventos que se rompen
como telarañas al pasarles el dedo.
Esto es escribir sobre el polvo
de los muebles rayados.
Los días,
caras de recién nacidos.
Indefinidos a pesar de que alguna tía
encontrará el parecido
en el blanco de los ojos,
o en la circunferencia de la cabeza chata.

Son no-días, te digo,
y vos desde mil kilómetros después
contestás que a tu regreso
trabajaremos en reconstrucciones.

Dos soplidos



Nadie me ha buscado más
tan tiernamente,
tan entregado a la caricia
debajo de la mano.
Nadie me ha mirado como me mira mi perro.
Persigue mi olor gastado por las noches,
se levanta conmigo
del hueco de la cama.
Tira con su pata, rasguña
sabiendo que ha de encontrar más.
Busca algo bueno de mí
que él presente muy adentro.
Nadie me mira como lo hace mi perro.

La noche inyectable



I

Horizontalmente tendida miro la minúscula araña que espera paciente entre la sombra. Todas las esquinas del cuarto se cortan con la tela de miles de hilos grises cubiertos de polvo.

Hace menos de una hora, la espera se reducía a los cierres caprichosos de la ropa. De rodillas, mirándose en los ojos del otro, se disimulan los veinte centímetros de ventaja que él le lleva.

La batalla resulta un compendio de diplomacia y se afinan los poros para reconocer las señales del basta y es suficiente.

—Te envidio, dice él.

Ella se envuelve como un capullo entre la sábana, no llega nunca el abrazo.

El reloj del DVD dice en neón la hora y perfora la oscuridad a medias del cuarto.

—¿A qué hora tenés que irte?



Suspendido aún de la tela, vibra el mosquito con solo un ala, convertido en una masa amorfa.

Continúa el fluir eterno de la noche, líquida, rendida, de luto. Los grillos transgresores insisten en cantar detrás de la ventana.

II

Toda la ropa es negra y se pierde debajo de la cama entre las botas y los tenis amarillos.

Hay miedos que recuerdan tu rostro. Rostros que tienen nombres desde el comienzo de la noche. Las luces de la calle enfocan mi rostro, hoy soy otra mujer, una mujer enmarcada en violeta para inaugurar el recuerdo.

Podría ser tan sencillo como decidir no volverte a ver. Ponerme las botas y salir corriendo hasta la sodita aquella en la esquina del puesto de fresas. Pedir un café, fumarse en solitario el cigarro y repetir mi nombre en voz alta frente a los ojos de esta gente de tazas en las manos, dejar que pase cada tres, todas las veces, hasta que se me destiña el nombre y recuerdes que no soy Cecilia.

Cansada de perder el tiempo en monólogos, sucede la traición esperada. Hoy es el séptimo mes en que pregunto quién te besa la espalda, y solo hoy me he dado cuenta: llevo las heridas de aquella mujer en el cuerpo.

III

Apareces por la ventana con esa mirada que empecé a odiar, la mirada que pretende complicidad, pide complicidad, asegura complicidad mientras se ríe de mi avergonzada tristeza.

A estas alturas he aprendido a tomarte poco en serio, como a esos pavorreales pendientes de las plumas y del rito sordo de recorrer en círculo mi silla.

En la perpetua vuelta, sólo extraño al antípoda habitante inútil de mis letras.

IV

Son las 10:30 p.m., todo se ha roto.

Regreso a casa, después de la palabra después, meses después a casa con el cigarro tras la oreja. Te reconozco en mí cuando vienes triste desde las sombras, con ojos grandes, transparentes, enarbolando alguna frase dulce en la mañana.

Las arañas mecen una canción de cuna y el mosquito sucumbe deliciosamente en el calor de la tela.

ACERCA DE LA AUTORA

Karla Sterloff nació en 1975 en San José, Costa Rica. Estudió Psicología y Ciencias de la Educación. En el 2008 obtuvo el primer lugar del Concurso Centroamericano de Cuento de la Asociación Cos-tarricense de Escritoras y en el 2009 Mención de Honor en ese mismo certamen. Con *Especies menores* obtiene el I lugar en el Concurso de Poesía 2011 convocado por la EUCR.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Ejercicio poético sobre lo doméstico, notas del mundo privado donde lo exterior es prolongación del interior. Las relaciones con los otros, seres y objetos, son anclas de la existencia y el amor es un intento que nos encuentra y nos aleja.

